

cosa baja ni fea; sólo trataba del servicio de mi amo, de su regalo, de la limpieza de su vestido, cama y mesa; de donde vine á considerar, y díjeme una noche á mí mismo: «ves aquí, Guzman, la cumbre del monte de las miserias, adonde te ha subido tu torpe sensualidad; ya estás arriba, y para dar un salto en lo profundo de los infiernos, ó para con facilidad, alzando el brazo, alcanzar el cielo. Ya ves la solicitud que tienes en servir á tu señor por temor de los azotes, que dados hoy no se sienten á dos dias. Andas desvelado, ansioso, cuidadoso, solícito en buscar invenciones con que acariciarle, para ganarle la gracia, que cuando conseguida la tengas, es de un hombre y cómitre. Pues sabes tú, que no lo ignoras, pues también lo estudiaste, cuánto menos te pide Dios, y cuánto mas tiene que darte, y cuánto mejor amigo es. Acaba de recordar de aqrese sueño; vuelve y mira, que aunque sea verdad haberte traído aquí tus culpas, pon esas penas en lugar que te sean de fruto; búscate caudal para hacer empleo, búscalo ahora, y hazlo de manera que puedas comprar la bienaventuranza. Esos trabajos, eso que padeces y cuidado que tomas en servir á ese tu amo, ponlo á la cuenta de Dios, hazle cargo aun de aquello que has de perder, y recibirlo por su cuenta, bajándolo de la mala tuya. Con eso puedes comprar la gracia, que si antes no tenia precio, pues los méritos de los santos todos no acaudalaron con que poderla comprar, hasta juntarlos con los de Cristo, y para ello se hizo hermano nuestro. ¿Cuál hermano desamparó á su buen hermano? Sirvelo con un suspiro, con una lágrima, con un dolor de corazón, pesándote de haberle ofendido, que dándoselo á él juntará tu caudal con el suyo, y haciéndolo de infinito precio, gozarás de vida eterna.»

En este discurso y otros que nacieron dél, pasé gran rato de la noche, no con pocas lágrimas, con que me quedé dormido, y cuando recordé, halléme otro no yo, ni con aquel corazón viejo que antes; di gracias al Señor, y supliqué que me tuviese de su mano; luego traté de confesarme á menudo, reformando mi vida, limpiando mi conciencia, con que corrí algunos dias; mas era de carne, á cada paso tropicaba, y muchas veces caía; mas en cuanto al proceder en mis malas costumbres, mucho quedé de allí en adelante renovado, aunque siempre por lo de atrás mal indiciado, no me creyeron jamás: que aquesto mas malo tienen los malos, que vuelven sospechosas aun las buenas obras que hacen, y casi con ellas escandalizan, porque las juzgan por hipocresía.

¶ Dice vulgarmente un refrán, que se sacan por las visperas los días santos. El que quisiere saber cómo le va con Dios, mire cómo lo hace Dios con él, y sabrálo fácilmente. Pones tu diligencia, haces lo que tienes obligación á cristiano, son tus obras de algun mérito, conocerás que recibe Dios tu sacrificio y tiene puestos los ojos en tí; mira si te trata como se trató á sí, que señal segura es que tu Señor te ama cuando del pan que come, del vestido que viste, de la mesa y silla en que se sienta, del vino que bebe y de la cama en que se acuesta, no hace diferencia de la tuya, y todo es uno. ¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? Trabajos. Pues cuando partiere dellos contigo, mucho te quiere: su regalado eres, fiesta te hace, sábela recibir, aprovechándote della; no creas que deja de darte gustos y haciendas, por ser escaso, corto ni avariento; porque si quieres ver lo que queso vale, pon los ojos en quien lo tiene, los moros, los infieles, los herejes. Mas á sus amigos y á sus escogidos, con pobreza, trabajos y persecuciones los banquetea. Si aquesto supiera conocer, y su divina Majestad se sirviera dello, de otra manera saliera yo aprovechado. He lo venido á decir, porque verdaderamente cuando el discurso pasado hice, lo hice muy de corazón, y aunque no digno de poder merecer por ello algun premio, como tan grande pecador, aun por aquella migaja de aquel cornadillo, al

mismo punto tuve la paga; luego comenzaron á nacerme nuevas persecuciones y trabajos. A Dios pluguiera que como debía lo considerara; sacóme de aquel regalo, comencóme á dar toques y aldadadas, perdiendo aquella pequeña sombra de yedra, secóseme, nacióme un gusano en la raíz, con que hube de quedar á la fuerza del sol padeciendo nuevas calamidades y trabajos, por donde no pensé, sin culpa ni rastro della; y son estos, para quien sabe conocerlos, el tesoro escondido en el campo. Y pues hasta aquí llegaste de tu gusto, oye agora por el mio lo poco que resta de mis desdichas, á que daré fin en el siguiente capítulo. ¶

CAPITULO IX.

Prosigue Guzmán lo que le sucedió en las galeras, y el medio que tuvo para salir libre dellas.

¶ Hubo un famoso pintor, tan estremado en su arte, que no se le conocía segundo; y á fama de sus obras entró en su obrador un caballero rico, y concertóse con él que le pintase un hermoso caballo bien aderezado, que iba huyendo suelto. Hizolo el pintor con toda la perfeccion que pudo, y teniéndolo acabado, púsole donde se pudiera jugar brevemente. Cuando vino el dueño á querer visitar su obra y saber el estado en que la tenian, enseñósele el pintor, diciendo tenerla ya hecha; y como cuando se puso á secar la tabla, no reparó el maestro en ponerla mas de una manera que de otra, estaba con los pies arriba y la silla debajo. El caballero cuando lo vió, pareciéndole no ser aquello lo que le habia pedido, dijo: «señor maestro, el caballo que yo quiero ha de ser que vaya corriendo, y aqueste antes parece que se está revolcando.» El discreto pintor le respondió: «señor, vuesa merced sabe poco de pintura, ella está como se pretende, vuélvase la tabla.» Volvieron la pintura lo de abajo arriba, y el dueño quedó contentísimo, tanto de la buena obra, como de haber conocido su engaño. Si se consideran las obras de Dios, muchas veces nos parecerán al caballo que se revuelca; empero si volviésemos la tabla hecha por el soberano artífice, halláramos que aquello es lo que se pide, y que la obra está con toda su perfeccion. Hácenseos (como poco ha decíamos) los trabajos ásperos, desconocémoslos, porque se nos entienda poco dellos; mas cuando el que nos los envia enseña la misericordia que tiene guardada en ellos, y los viéremos al derecho, los tendremos por gustos. De cuantos forzados habia en la galera, ninguno me igualaba, tanto en bien tratado, de como contento en saber que daba gusto; desclavóse la rueda, dió vuelta conmigo por desusado modo, nunca visto. ¶

Acertó en este tiempo á venir á profesar en galera un caballero del apellido del capitán della, y aun se trataban por parientes: era rico, tratábase bien, y traía una gruesa cadena de oro al cuello á uso de soldados, casi como la que algun tiempo tuve. Hacia plato en la popa, tenia un muy lucido aparador de plata y criados de su servicio bien aderezados, y al segundo dia de su embarcacion le faltaron de la cadena diez y ocho esclavones, que sin duda valian cincuenta escudos. Túvose por cierto lo habria hecho alguno de sus criados, porque cuantos entraban en la cámara de popa eran personas conocidas, carecientes de toda sospecha. Mas con todo esto azotaron á todos los criados del capitán en caso de duda, y no parecieron para siempre, ni se tuvo rastro de quien ó cómo les hubiese llevado. Y para escusar adelante otro semejante suceso, le dijo el capitán á su pariente, que lo mas acertado seria para el tiempo que su merced allí estuviese, dar cargo de sus vestidos y joyas á un forzado de satisfacion, que con cuidado lo tuviese limpio y bien acomodado, porque á ninguno se le daría por cuenta que se atreviese á hacer falta en un caballo. Al caballero le pareció muy bien, y andando buscando quién de todos los de la galera seria suficiente para ello, no hallaron otro que á mí, por la sa-

tisfacion de mi entendimiento, buen servicio, y estar bien tratado y limpio. Cuando le dijeron mis partes, y supo ser entretenedor y gracioso, no via ya la hora de que me pasasen á popa. Llamaron al cómitre, y habiéndome pedido no pudo no darme, aunque lo sintió mucho, por lo bien que conmigo se hallaba; echáronme un ramal bien largo, y cuando el caballero me tuvo en su presencia, holgóse de verme y tratarme, porque correspondian mucho mi talle, rostro y obras; enfadóse de verme asido como si fuera mona, pidióle al capitán me pusiese una sola manilla, y así se hizo. Desta manera quedé mas ágil para poderle mejor servir, así comiendo á la mesa, como dentro del aposento, y mas partes que se ofrecía de la galera. Entregáronme por inventario su ropa y joyas, de que siempre di muy buena cuenta; y de quien él y yo teniamos menos confianza y mas recelaba, era de sus criados; porque como ya me hubiese hecho cargo de la recámara, con facilidad tendrían excusa en lo que pudiesen hurtarme á su salvo.

Ellos dormian con el capellán en el escandelar, y el caballero en una banca del escandelarete de popa, y yo en la despensilla della, donde tenia guardadas algunas cosas de regalo y bastimento. Yo me hallaba muy bien, bien que trabajaba mucho, mas érame de mucho gusto tener á la mano algunas cosas con que poder hacer amistades á Soto mi camarada, nunca dió lugar por donde yo pudiera entrarle; deseábale todo bien, y hacíame cuanto mal podía, desacreditándome, diciendo cosas y embebecos del tiempo que fuimos presos, y él supo mios en la prision. De manera, que aunque ya yo cuanto para conmigo sabia que estaba muy reformado, para los que lo oían, cada uno tomaba las cosas como queria, y cuando hiciera milagros, habian de ser en virtud de Bercebut. El era mi cuchillo, sin dejar pasar ocasion en que no lo mostrase; mas no por eso me oyeron decir dél palabra fea ni darme por sentido de cuanto de mí dijese. De todo se me daba un clavo, solo mi cuidado era atender al servicio de mi amo, por serle agradable, pareciéndome que podría ser (por él ó por otro, con mi buen servicio) alcanzar algun tiempo libertad. Cuando venia de fuera, salíalo á recibir á la escala, dábale la mano á la salida del esquiife; haciale palillos para sobre mesa, de grandísima curiosidad, y tanta, que aun enviaba fuera presentados algunos dellos; traíale la plata y mas vasos de la bebida tan limpios y aseados, que daba contento mirarlos; el vino y agua fresca, mullida la lana de los traspontines; el rancho tan aseado, de manera que no habia en todo él ni se hallara una pulga ni otro algun animalejo su semejante; porque lo que me sobraba del dia, me ocupaba en solo andar á caza dellos, tapando los agujeros de donde aun tenia sospecha que se pudieran criar, no solo porque careciese dellos, mas aun de todo su mal olor.

Tanta fué mi buena diligencia, tan agradable mi trato, que dejaba mi amo de conversar con sus criados, y muy de su espacio parlaba conmigo cosas graves de importancia. Pero hacia en esto lo que los destiladores: alambicábame; y cuando habia sacado la sustancia que deseaba, retirábase, ó por mejor decir, se recelaba de mí, que no la tenia todas cabales, por la mala voz con que Soto me publicaba por malo. Empero con todo su mal decir, procuraba yo bien hacer, tanto por sacarlo mentiroso, cuanto porque ya no habia de tratar de otra cosa, por la resolucion tomada de mí en este caso. Contábale cuentos donosos á la mesa las noches y siestas, procurando tenerlo siempre alegre; y en especial habia dado en melancolizarse unos pocos de dias antes, por haber tenido una carta de un personaje grave, á quien él tenia mucha obligacion, el cual en su vida se habia querido casar, y apretaba mucho por casarlo, y como así lo viesse fatigado, preguntándole la causa de su pesadumbre, me

la dijo, y aun me pidió consejo de lo que haria en el caso. Yo le respondí: «señor, lo que me parece que se le podría responder á quien tanto huyó de casarse, y quiere obligar á otro que lo haga, es, que vuestra merced lo hará, si le diere por mujer á una de sus hijas.»

A mi amo le satisfizo mucho mi consejo, determinando tomarlo como se lo daba; y pasando adelante la plática en cuanto se hacia hora de comer, me preguntó le dijese, como quien dos veces habia sido casado, ¿qué vida era y cómo se pasaba? Respondíle: «señor, el buen matrimonio de paz, donde hay amor igual, y conforme condicion, es una gloria, es gozar en la tierra del cielo; es un estado para los que lo eligen, deseando salvarse con él, de tanta perfeccion, de tanto gusto y consuelo, que para tratar dél seria necesario referirse de boca de uno de los tales. Mas quien como yo hice del matrimonio granjería, no sabré qué responder tampoco, sino que pago aquel pecado con esta pena. Mujeres hay que verdaderamente reducirán á buen término y costumbres, con su sagacidad y blandura, los hombres mas perversos y desalmados que tiene la tierra; y otras por el contrario, que harán perder la paciencia y sufrimiento al mas concertado y santo. Véase por Job el estado en que la suya lo puso, cómo lo persiguió, y cuánto le importó asirse de Dios para solo defenderse della, mas que de todas las mas persecuciones; y así estando en cierta conversacion tres amigos, dijo el uno: «dichoso aquel que pudo acertar á casar con buena mujer.» El otro respondió: «harto mas dichoso es el que la perdió presto, si la tuvo mala.» Y el tercero dijo: «por mucho mas dichoso tengo al que ni la tuvo buena ni mala.» Lo que aprieta una mujer importuna y de mala gestion, dígalo el provenzal, que cansado ya de sufrir la suya, y no teniendo modo ni ciencia para corregirla, por escabullirse della sin escándalo, acordó de irse á holgar con toda su casa y gente á una hacienda que tenia en el campo, para la cual se habia de pasar por una ladera de un monte que pasa por junto del Ródano, río caudaloso, que por aquella parte, por ser estrecha y pasar por entre dos montes, va muy hondo y con furiosa corriente. Acordó tener tres dias que no bebió gota de agua una mula en que su mujer habia de ir, y cuando llegaron á parte que la mula divisó el agua, no fueron poderosos detenerla, que bajándose por la ladera abajo, de una en otra peña, procurando con grandísima instancia el agua, llegó al río, de donde no siendo posible volver á subir ni tenerse, fué forzoso dar ambos dentro dél, quedando la mujer ahogada, y la mula salió á nado con mucha dificultad lejos de allí, tan cansada y sin tiento, que no podia tenerse sobre sus pies. Para los que nunca supieron del matrimonio, y lo desean, pudiérase traer á propósito lo que les pasó á los tordos un verano después de la cria. Juntóse dellos una bandada espesa que cubrían los aires, y hecha compañía se partieron juntos á buscar la vida; llegaron á un país de muchas huertas, con frutales y frescuras, donde se quisieron quedar, pareciéndoles lugar de mucha recreacion y mantenimientos; mas cuando los moradores de aquella tierra los vieron, armaron redes, pusieronles lazos, y poco á poco los iban destruyendo. Viéndose pues los tordos perseguidos, buscaron otro lugar á su propósito, y halláronlo tal como el pasado, mas acontecióles también lo mismo, y también huyeron con miedo del peligro. Desta manera peregrinaron por muchas partes, hasta que casi todos ya gastados, los pocos que dellos quedaron, acordaron de volverse á su natural. Cuando sus compañeros los vieron llegar tan gordos y hermosos, les dijeron: «ah, dichosos vosotros, y míseros de nos que aquí nos estuvimos, y cuales veis estamos flacos; vosotros venis que da contento veros la pluma relucida, medrados de carne, que ya no podeis de gordos volar con ella, y nosotros cayéndonos de pura hambre.» A esto les respondieron los bien venidos: «vosotros no considerais mas de la gor-

dura que nos veis, que si pasádes por la imaginación los muchos que de aquí salimos y los pocos que volvemos, tuvierades por mejor vuestro poco sustento seguros, que nuestra hartura con tantos peligros y sobresaltos. Los que ven los gustos del matrimonio y no pasan de allí, á ver que de diez mil no escapan diez, tuvieran por mejor su seguro estado de solos, que los trabajos y calamidades de los mal acompañados.

En esto se llegó la hora del comer, y puesta la mesa servimos la vianda segun era costumbre, teniendo yo siempre los ojos puestos en las manos de mi amo para ejecutarle los pensamientos; mas cuanto mas en esto veía, se desvelaba mi enemigo Soto en destruirme; pues cuando mas no pudo compró á puro dinero su venganza, solo para hacerme mal. Hizose amigo con un criado paje que era del capitán, y tal como él, pues el interese lo corrompió contra mí. Prometióle unas gentiles medias de punto que tenía hechas, y dijo que se las daría, si cuando alguna vez pudiese (sirviendo á la mesa) hurtar alguna pieza de plata della, la llevase á esconder abajo en mi despensilla sin que yo lo sintiese, que haría en esto dos cosas: la primera, que ganaría las medias que por ello le ofrecian; y lo segundo, él y sus compañeros volverian en su antigua privanza, derribándome á mi della. No le pareció mal al mozo, y hallándose aquel día con la ocasion de bajar abajo, se llevó en las manos un trincheo, el cual escondió, alzando el tabladillo, en las cuernas.

Después de levantada la mesa, queriendo recoger la plata para limpiarla, hallándolo menos, hice diligencia buscándolo, y como no lo hallase, di noticia de cómo me faltaba, para que se hiciese diligencia en buscarlo por los criados de la popa. El capitán y mi amo creyeron á los principios la verdad, mas como era testimonio levantado por mi enemigo Soto, luego pasó la palabra que le oyeron decir, que yo con la privanza lo habria hurtado, y queria dar á los otros la culpa, por quedarme con él. Ayudóle á ello el mozo agresor, y dando de aquí principio á sospecha, me apercibí mi amo muchas veces que dijese la verdad antes que llegase á malas el negocio; mas como estaba libre, no pude satisfacer con otra cosa que palabras buenas. El traidor del paje dijo que me visitasen la despensilla, que no era posible sino que allí lo tendria escondido, porque no habiendo salido fuera de la popa, se habria de hallar en mi aposento. Pareciéles á todos bien, y bajando abajo, habiéndolo todo trasegado, buscaron adonde lo habia metido, y sacándolo, dijeron que ya lo hallaron, y que lo habia yo allí escondido, porque otra persona no era posible haberlo hecho.

Pues como esto trujese consigo apariencia de verdad, y á mí me cogieron en la negativa, confirmaron por cierta la sospecha cargándome de culpa. El capitán mandó al mozo del alguacil que me diese cincuenta palos, de los cuales me libró mi amo rogando por mí que se me perdonase por ser la primera; y me advirtió que si en otra me cogian lo pagaria todo junto. Nunca mas aleé cabeza ni en mí entró alegría, no por lo pasado, sino temiendo lo por venir; que quien aquella me hizo, para mayor mal me guardaba cuando de aquel escapase. Y recelándome dello, supliqué con mucha instancia que me relevasen de aquel cargo, que yo queria luego entregar á otro las cosas dél; y tendria por mejor que me volviesen á herrar en mi banco. Creyeron que todo habia sido nacido de deseo que tenía de volver á servir á mi amo el cómitre, y cuanto mas lo suplicaba, mas instaban en que por el mismo caso, aunque me pesase, habia de asistir allí toda mi vida. ¡Pobre de mí! dije; ya no sé qué hacer ni cómo poderme guardar de traidores. Hacía cuanto podia y era en mi mano, velando con cien ojos encima de cada niñería, y nada bastó, que ya se iba haciendo tiempo de levantarme, y era necesario caer primero.

Una tarde que mi amo vino de fuera, lo salí á recibir

como siempre á la escalera; dile la mano, subió arriba, quitéle la capa, la espada y el sombrero; dile su ropa y montera de damasco verde, que la tenía siempre á punto, bajé lo demás abajo, poniendo en su lugar cada cosa. Esa misma noche, sin saber cómo, quién ó por qué modo, porque sino fué obra del demonio, nunca pude colegir lo que fuese, que derribando el sombrero de donde lo habia colgado, lo hallé sin trencelin, el cual tenía unas piezas de oro. El se desapareció en los aires, que cuando á la mañana lo vi sin él y de aquella manera, quedé asombrado. Hice cuantas diligencias pude buscándolo, y ninguna fué de provecho. No pareció, ni dél hubo rastro ni memoria. Cuando á mi amo se lo dije, dijo: «ya os conozco, ladron, y sé quién sois y por qué lo haceis; pues desengañaos que ha de parecer el trencelin, y no habeis de salir con vuestras pretensiones. Bien pensais que desde que faltó el trincheo, no he visto vuestros malos hígados, y que andais rodeando cómo no servirme; pues habeislo de hacer aunque os pese por los ojos, y habeis de llevar cada día mil palos, y mas que para siempre no habeis de tener en galera otro amo; que cuando yo no fuere, os han de poner adonde merecen vuestras bellaquerías y mal trato, pues el bueno que con vos he usado no ha sido parte para que dejeis de ser el que siempre, y sois Guzmán de Alfarache, que basta.» No sé qué decirte ó cómo encarecerte lo que con aquello sentí, hallándome inocente, y con causa legítima cargado. Palabra no repliqué ni la tuve, porque aunque la dijera del Evangelio, pronunciada por mi boca, no la habian de dar mas crédito que á Mahoma. Callé, que palabras que no han de ser de provecho á los hombres, mejor es enmudecer la lengua, y que se las diga el corazón á Dios. Dile gracias entre mí á solas, pedile que me tuviese de su mano como mas no le ofendiese; porque verdaderamente ya estaba tan diferente del que fui, que antes creyera dejarme hacer cien mil pedazos, que cometer el mas ligero crimen del mundo. Cuando se hubieron hecho muchas diligencias, y vieron que con alguna dellas no parecia el trencelin, mandó el capitán al mozo del alguacil me diese tantos palos que me hiciese confesar el hurto con ellos. Arrizáronme luego, ellos hicieron como quien pudo, y yo padecí como el que mas no pudo.

Mandábanme que dijese de lo que no sabia; rezaba con el alma lo que sabia, pidiendo al cielo que aquel tormento y sangre que con los crueles azotes vertía, se juntasen con los inocentes que mi Dios por mí habia derramado, y me valiesen para salvarme, ya pues habia de quedar allí muerto. Viéronme tal y tan para espirar, que aunque pareciéndole á mi amo mayor mi crueldad en dejarme así azotar, que la suya en mandarlo, mas compadecido de tanta miseria me mandó quitar. Fregáronme todo el cuerpo con sal y vinagre fuerte, que fué otro segundo mayor dolor. El capitán quisiera que me dieran otro tanto en la barriga, diciendo: «mal conoce vuesa merced á estos ladrones que son como raposas, hácese mortecinos, y en quitándolos de aquí corren como unos potros, y otros por un real se dejarán quitar el pellejo. Pues crea el perro que ha de dar el trencelin ó la vida. Mandóme llevar de allí á mi despensilla donde me hacian por horas mil notificaciones, que lo entregase ó tuviese paciencia, porque habia de morir á palos, ó no lo habia de gozar; mas como nadie da lo que no tiene, no pude cumplir lo que se me mandaba.

Entonces conocí qué cosa era ser forzado, y cómo el amor y rostro alegre que unos y otros me hacian, era por mis gracias y chistes; empero que no me lo tenían, y el mayor dolor que sentí en aquel desastre, no tanto era el dolor de lo que padecía, ni ver su falso testimonio que se me levantaba, sino que juzgasen todos que de aquel castigo era merecedor y no se dolian de mí. Pasados algunos días después desta refriega volvieron otra vez á

mandarme dar el trencelin, y como no lo diese, me sacaron de la despensilla bien deslaquecido y malo, subiéronme arriba donde me tuvieron grande rato atado por las muñecas de los brazos y colgado en el aire; fué un terrible tormento, donde creí espirar, porque se me afigió el corazón de manera que apenas lo sentía en el cuerpo, y me faltaba el aliento. Bajáronme de allí, no para que descansase, sino para volverme á cruzar, arrizáronme á su propósito de barriga, y así me azotaron con tal crueldad, como si fuera por algun gravísimo delito; mandáronme dar azotes de muerte, mas temiéndose ya el capitán que me quedaba poco para perder la vida, y que me habia de pagar al rey si allí peligrase, tuvo á partido que se perdiese antes el trencelin, que perderlo y pagarme. Mandóme quitar y que me llevasen de allí á la corulla, y en ella me curasen.

Cuando estuve algo convalecido, aun les pareció que no estaban vengados, porque siempre creyeron de mí ser tanta mi maldad, que antes queria sufrir todo aquel rigor de azotes que perder el interés del hurto; y mandaron al cómitre que ninguna me perdonase, antes que tuviese mucho cuidado en castigarme siempre los pecados veniales, como si fuesen mortales; y él, que forzoso habia de complacer á su capitán, castigábame con rigor desusado, porque á mis horas no dormia, y otras veces porque no recordaba: si para socorrer alguna necesidad vendia la ración, me azotaban, tratándome siempre tan mal, que verdaderamente deseaban acabar conmigo, pues para tener mejor ocasion de hacerlo á su salvo, me dieron á cargo todo el trabajo de la corulla; con protesto que por cualquiera cosa que le faltase á ello, seria muy bien castigado.

Habia de bogar en las ocasiones como todos los mas forzados; mi banco era el postrero y el de mas trabajo, á las inclemencias del tiempo; el verano por el calor y el invierno por el frio, por tener siempre la galera el pico al viento. Estaban á mi cargo los ferros, las gúmenas, el dar fondo y zarpar en siendo necesario. Cuando íbamos á la vela tenía cuidado con la orza de avante, y con la orza novela. Hilaba los guardines todos, las ságuas que se gastaban en galera; tenía cuenta con las bozas, torcer juncos, mandarlos traer á los proeles, y enjugarlos para enjuncar la vela del trinquete; entollaba los cabos quebrados, hacia cabos de derrota y nuevos á las gúmenas; habia de ayudar á los artilleros á bormear las piezas; tenía cuenta de teparles los fogones, que no se llegase á ellos, y de guardar las cuñas y cucharas, lanadas y atacadores de la artillería, y cuando faltaba oficial de cómitre ó sotacómitre, me quedaba el cargo de mandar acorullar la galera y adrizalla, haciendo á los proeles que trujesen esteras y juncos para hacer fregajos y fregarla, teniéndola siempre limpia de toda inmundicia; hacer estoperoles de las filásticas viejas para los que van á dar á la banda, que aquesta es la infima miseria y mayor baja de todas; pues habiendo de servir con ellos para tan sucio ministerio, los habia de besar antes que dárseles en las manos.

Quien todo lo dicho tenía de cargo, y no habia sido en ello acostumbrado, imposible parecia no errar; mas con el grande cuidado que siempre tuve, procuré acertar, y con el uso ya no se me hacia tan dificultoso. Aun quisiera la fortuna derribarme de aquí si pudiera, mas como no puede su fuerza estenderse contra los bienes del ánimo, y la contraria hace prudentes á los hombres, tíveme fuerte con ella. Y como el rico y el contento siempre recelan caer, yo siempre confié levantarme, porque bajar á mas no era posible: sucedióme al punto de la imaginación. Soto, mi camarada, no vino á las galeras porque daba limosnas, ni porque predicaba la fe de Cristo á los infieles: trujéronlo á ella sus culpas, y haber sido el ma-

yor ladron que se habia hallado en su tiempo en toda Italia ni España; una temporada fué soldado, sabia toda la tierra, como quien habia paseádola muchas veces. Viendo que las galeras navegaban por el mar Mediterráneo, y se encontraban otras veces á la costa de Berbería y Turquía buscando presas, imaginó de tratar con algunos moros y forzados de su bando, de alzarse con la galera; para lo cual ya estaban prevenidos de algunas armas él y ellos, y las tenían escondidas en sus remiches, debajo de los bancos, para valerse dellas á su tiempo. Mas como no podia tener su desinio efeto sin tenerme de su bando, por el puesto que yo tenía en mi banco, y estar á mi cargo el picar de las gúmenas, parecióme darme cuenta de su intencion, haciendo para ello su cuenta, y considerando que á ninguno de todos les venia el negocio mas á cuento que á mí, tanto por estar ya rematado por toda la vida, cuanto por salir de aquel infierno, donde me tenían puesto, y tan ásperamente me trataban. Quisiera me hablar para ello Soto, mas no podia; enviéme su mensajero, pidiéndome reconciliacion y favor en su levantamiento. Respondíle, que no era negocio aquel para determinarnos con tanta facilidad, que se mirase bien, considerándolo á espacio, porque nos poníamos á caso muy grave, de que convenia salir bien dél, ó perderíamos las vidas. Al moro que me trujo la embajada no le pareció mal mi consejo, y dijo que llevaria mi respuesta á Soto, y me volveria otra vez á hablar.

En el interin que andaban las embajadas hice mi consideracion, y como siempre tuve propósito firme de no hacer cosa infame ni mala, por ningun útil que della me pudiese resultar, conocí que ya no era tiempo de darles consejo, así por su resolucion, como porque si les faltara en aquello, temiéndose de mí no los descubriese, me levantarían algun falso testimonio para salvarse á sí, diciendo, que yo por salir de tanta miseria los tenia incitados á ellos. Diles buenas palabras, y hicéme de su parte, quedando resueltos de ponerlo en ejecucion el día de San Juan Bautista por la madrugada. Pues como ya estábamos en la vispera, y un soldado viniese á dar á la banda, cuando me levanté á quererle dar el estoperol, dijele secretamente: «señor soldado, digale vuestra merced al capitán, que le va la vida y la honra en oirme dos palabras del servicio de su Majestad; que me mande llevar á la popa.» Hizolo luego, y cuando allá me tuvieron, descubríle toda la conjuración, de que se santiguaba, y casi no me daba crédito, pareciéndole que lo hacia porque me relevase de trabajo y me hiciese merced. Mas cuando le dije dónde hallaria las armas, quién y cómo las habian traído, dió muchas gracias á Dios que le habia librado de tal peligro, prometiéndome todo buen galardón. Mandó á un cabo de escuadra que mirase los bancos que yo señalé, y buscando las armas en ellos las hallaron. Luego se fulminó proceso contra los culpados todos; y por ser el siguiente día de tanta solemnidad, entretuvieron el castigo para el siguiente.

Quiso mi buena suerte, y Dios, que fué dello servido y guiaba mis negocios de su divina mano, que abriendo una caja para colgar las flámulas de las antenas del árbol mayor y trinquete, tanto en hacimiento de gracias como á honor y regocijo del día; hallaron dentro della una cama de ratas, y el trencelin de mi amo. Soto queriéndolo confesar, y pidiéndome perdon del testimonio que me fué levantado del trincheo, declaró juntamente cómo y por qué lo habia hecho, y que aunque me habia prometido amistad, era con ánimo de matarme á puñaladas en saliendo con su levantamiento, de todo lo cual fué nuestro Señor servido de librarme aquel día. Condenaron á Soto y á un compañero, que fueron las cabezas del alzamiento, á que fuesen despedazados de cuatro galeras, ahorcaron cinco; y á muchos otros que hallaron con culpa dejaron rematados al remo por toda la vida, siendo

primero azotados públicamente á la redonda de la armada. Cortaron las narices y orejas á muchos moros, porque fuesen conocidos, y exagerando el capitán mi bondad, inocencia y fidelidad, pidiéndome perdon del mal tratamiento pasado, me mandó desherrar, y que como libre anduviese por la galera, en cuanto venia cédula de su

Majestad en que absolutamente lo mandase; porque así se lo suplicaban, y lo enviaron consultado. Aquí di punto y fin á estas desgracias, rematé la cuenta con mi mala vida: la que después gasté todo el restante della, antes en la tercera y última parte, si el cielo me la diere, verás de la eterna que todos esperamos.

... y como libre anduviese por la galera, en cuanto venia cédula de su Majestad en que absolutamente lo mandase; porque así se lo suplicaban, y lo enviaron consultado. Aquí di punto y fin á estas desgracias, rematé la cuenta con mi mala vida: la que después gasté todo el restante della, antes en la tercera y última parte, si el cielo me la diere, verás de la eterna que todos esperamos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE GUZMÁN DE ALFARACHE, POR MATEO ALEMÁN.

... y como libre anduviese por la galera, en cuanto venia cédula de su Majestad en que absolutamente lo mandase; porque así se lo suplicaban, y lo enviaron consultado. Aquí di punto y fin á estas desgracias, rematé la cuenta con mi mala vida: la que después gasté todo el restante della, antes en la tercera y última parte, si el cielo me la diere, verás de la eterna que todos esperamos.

... y como libre anduviese por la galera, en cuanto venia cédula de su Majestad en que absolutamente lo mandase; porque así se lo suplicaban, y lo enviaron consultado. Aquí di punto y fin á estas desgracias, rematé la cuenta con mi mala vida: la que después gasté todo el restante della, antes en la tercera y última parte, si el cielo me la diere, verás de la eterna que todos esperamos.

SEGUNDA PARTE

DE LA

VIDA DEL PICARO GUZMAN DE ALFARACHE,

COMPUESTA

POR MATEO LUJAN DE SAYAVEDRA,

natural vecino de Sevilla.

DIRIGIDA Á DON GASPAS MERCADER Y CARROZ, HEREDERO LEGÍTIMO DE LAS BARONÍAS DE BUNYOL Y SIETE AGUAS.

DEDICATORIA

A don Gaspar Mercader y Carroz, legítimo sucesor en las baronías de Bunyol y Siete Aguas.

Cuanto las cosas parecen mas flacas y humildes, tanto necesitan de mayor proteccion y que sean favorecidas y amparadas. Y esto mayormente es necesario en los libros que tan de suyo están sujetos á la detracion, y son blanco de todos cuantos quieren enderezar á ellos sus tiros. Y porque el titulo deste libro es de si tan humilde, me pareció que con mas razon le habia de buscar un protector mas esforzado y de grande lustre, que solo el nombre suyo y autoridad cerrase las bocas, que á no tenerle osarian abrirse. Consideré en vuestra merced el noble linaje y en su persona el valeroso pecho de gallardo caballero, en su ánimo los crecidos dotes de discrecion y letras. Por lo qual lleva tras sí las voluntades y es comunmente amado y apacible. Y parecióme que iria muy seguro mi libro con este favor, y que la humildad suya y del estilo quedarían muy enriquecidas con solo el nombre de vuestra merced. A quien suplico reciba este pequeño don, con la magnanimidad que suele estimar aun los pequeños servicios; en lo qual vence vuestra merced á Alejandro, á Ciro, Alcibiades y Epaminondas; y con esto se animará este su servidor para sacar á luz otros trabajos, confiado en el valor y sombra de vuestra merced, á quien guarde nuestro Señor muchos años con suma felicidad.

MATEO LUJÁN DE SAYAVEDRA.